

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO

EYLAU

Efecto que producen en Europa las victorias de Napoleón en Prusia. — A qué causa se atribuyen los triunfos de los franceses. — Decretos del rey Federico Guillermo, dirigidos á atenuar en el ejército prusiano las distinciones de nacimiento. — Napoleón decreta la construcción del templo de la Magdalena y da el nombre de Jena al puente construido enfrente de la Escuela Militar. — Ideas que concibe en Berlín en la embriaguez de sus triunfos. — La idea de VENCER EL PODER MARÍTIMO CON EL PODER TERRESTRE se sistematiza en su mente, y al bloqueo marítimo opone el bloqueo continental. — Decretos de Berlín. — Resolución de llevar la guerra al Norte hasta someter el continente entero. — Proyecto de avanzar sobre el Vístula é insurreccionar la Polonia. — Afluencia de polacos en torno de Napoleón. — Recelos que inspira á la corte de Viena la idea de reconstruir la Polonia. — Ofrece Napoleón al Austria la Silesia en cambio de las dos Galitzias. — Repulsa y rencor oculto de la corte de Viena. — Precauciones de Napoleón contra esta corte. — Mézclase el Oriente en la contienda del Occidente. — La Turquía y el sultán Selim. — Envía Napoleón al general Sebastiani á Constantinopla para comprometer á los turcos á hacer la guerra á los rusos. — Deposición de los hospodares Ipsilanti y Maruzzi. — El general ruso Michelson marcha sobre las provincias del Danubio. — Proporciona Napoleón sus medios á la magnitud de sus proyectos. — Hácese en 1806 el alistamiento correspondiente á 1807. — Hácense nuevas levas. — Organízanse en regimientos de marcha los refuerzos destinados al grande ejército. — Nuevos cuerpos sacados de Francia y de Italia. — Mándase poner en pie de guerra el ejército de Italia. — Desarrollo que adquiere la caballería. — Medios de Hacienda creados con los recursos de la Prusia. — No pudiendo Napoleón ponerse de acuerdo con el rey Federico Guillermo sobre las condiciones de un armisticio, dirige su ejército sobre la Polonia. — Murat, Davout, Augereau y Lannes avanzan hacia el Vístula al frente de ochenta mil hombres. — Síguelos Napoleón con otro ejército de la misma fuerza, compuesto de los cuerpos de los mariscales Soult, Bernadotte y Ney, de la guardia y de las reservas. — Entrada de los franceses en Polonia. — Aspecto de su suelo y de su cielo. — Entusiasmo de los polacos y los franceses. — Condiciones que establece Napoleón para la reconstrucción de la Polonia. — Espíritu de la aristocracia polaca. — Entrada de Murat y de Davout en Posen y en Varsovia. — Establécense Napoleón en Posen. — Ocupación del Vístula desde Varsovia hasta Thorn. — Los rusos reunidos con los restos del ejército prusiano ocupan las orillas del Narew. — Resuelve Napoleón repelerlos hacia el Prégel para invernar con más seguridad en el Vístula. — Felices combinaciones para vencer á los prusianos y á los rusos. — Combates de Czarnowo, de Golymin y de Soldau. — Batalla de Pultusk. — Los rusos repelidos con gran pérdida al otro lado del Narew no pueden ser perseguidos por causa del mal estado de los caminos. — Apuro de vencedores y vencidos atacados en los lodazales de la Polonia. — Establécense Napoleón más allá del Vístula entre el Bug, el Narew, el Orezyc y el Ukra. — Sitúa el cuerpo del mariscal Bernadotte en el Elbing, más allá del Vístula inferior, y forma un décimo cuerpo al mando del mariscal Lefebvre para empezar el sitio de Dantzig. — Admirable previsión para el abastecimiento y la seguridad de sus cuarteles de invierno. — Fortificaciones de Praga, Modlin y Sierok. — Estado material y moral del ejército francés. — Alegría de los soldados en un país desconocido para ellos. — El príncipe Jerónimo y el general Vandamme sitúan las plazas de la Silesia al frente de los auxiliares alemanes. — Breve júbilo en Viena creyendo momentáneamente vencedores á los rusos. — El conocimiento más exacto de los hechos hace recobrar á la corte de Viena su reserva acostumbrada. — El general Benningsen, ascendido á general en jefe del ejército ruso, quiere continuar las hostilidades en lo riguroso del invierno, y marcha por el litoral del Báltico sobre los acantonamientos del ejército francés. — Descúbrelle el mariscal Ney y da aviso á todas las tropas. — Glorioso combate del mariscal Bernadotte en Mohrungen. — Combinación profunda de Napoleón para repeler á los rusos al mar. — Descúbrese esa combinación por culpa de un oficial que se deja quitar sus partes. — Retranse á tiempo los rusos. — Persíguelos Napoleón con ahinco. — Combates de Waltersdorf y de Hoff. — No pudiendo los rusos seguir huyendo, hacen alto en Eylau resueltos á entrar en batalla. — El ejército francés, muerto de hambre y reducido á dos terceras partes de su fuerza, por su trabajosa persecución, acomete al ejército ruso y traba con él en Eylau una sangrienta batalla. — Serenidad y energía de Napoleón. — Conducta heroica de la caballería francesa. — El ejército ruso se retira casi destruído, pero no sin haber sufrido el ejército francés pérdidas crueles. — Necesidad de disolver el cuerpo de Augereau por quedar muy malparado. — Persigue Napoleón á los rusos hasta Koenigsberg, y, seguro ya de su retirada al otro lado del Prégel, toma posición en el Vístula. — Cambio que introduce en la situación de sus cuarteles. — Deja el Vístula superior para establecerse más allá del Vístula inferior y detrás del Passarge, con objeto de proteger mejor el asedio de Dantzig. — Redobra su esmero para abastecer de vituallas sus cuarteles de invierno. — Napoleón establecido en Osterode en una especie de granja pasa el invierno en alimentar á su ejército, hacer nuevos alistamientos, administrar el imperio y refrenar á la Europa. — Tranquilidad de espíritu y prodigiosa variedad de ocupaciones de Napoleón en Osterode y en Finkenstein.

En un solo mes había Napoleón derribado la monarquía prusiana, destruído sus ejércitos y conquistado la mayor parte de su territorio; al rey Federico Guillermo no le quedaba más que una provincia y un residuo de veinticinco mil hombres. Los rusos, llamados con instancia por la corte de Berlín, que se había refugiado en Koenigsberg, acudían, es verdad, tan pronto como lo permitían la distancia, la estación y la impericia de una administración semibárbara; pero ya en Austerlitz se había visto lo que eran los rusos, y á pesar de su va-

lentía mal podía esperarse de ellos que cambiasen el destino de la guerra. Los gabinetes y las aristocracias de Europa estaban sumidos en una consternación profunda. Los pueblos vencidos, vacilantes entre el patriotismo y la admiración, no podían menos de reconocer en Napoleón al hijo de la revolución francesa, al propagador de sus ideas y al glorioso ejecutor de la más popular de todas ellas, que era la igualdad. Veían un luminoso ejemplo de esta igualdad en nuestros generales, no designados ya como antes por los nombres tan

célebres de Berthier, Murat y Bernadotte, sino con los títulos de príncipe de Neufchatel, de gran duque de Berg y de príncipe de Ponte-Corvo; y queriendo explicarse los inauditos triunfos que acabábamos de conseguir sobre el ejército prusiano, los atribuían, no sólo á nuestro valor y á nuestra experiencia en la guerra, sino también á los principios en que descansaba la nueva sociedad francesa. Explicaban el increíble ardimiento de nuestros soldados por la extraordinaria ambición que en ellos se había sabido excitar, abriéndoles esa inmensa carrera en la cual podían entrar simples campesinos como los Sforzas, para salir de ella mariscales, príncipes, reyes y emperadores. Verdad es que esta última dignidad era única en su especie en la nueva urna de la fortuna; pero si bien no había más que un emperador, convertido en tal como en premio de un genio portentoso, ¿cuántos duques y príncipes no había en cambio cuya superioridad sobre sus compañeros de armas no debía desesperanzar á ninguno?

Las cartas interceptadas de los oficiales prusianos estaban llenas de reflexiones las más singulares acerca de este punto. Uno de ellos, escribiendo á su familia, decía: «Si no hubiera más que emplear los puños contra los franceses, pronto seríamos vencedores, porque son por lo general pequeños y ruines, y uno solo de nuestros alemanes podría con cuatro de ellos; pero en la refriega parece que se truecan en seres sobrenaturales, y se baten con un ardimiento inexplicable, del que no vemos la menor huella en nuestros soldados... ¿Qué quieren ustedes hacer con hombres del campo guiados al combate por nobles, de cuyos peligros participan sin participar nunca ni de sus pasiones ni de su recompensa (1)?»

De modo que la glorificación de los principios de nuestra revolución salía de los labios de los vencidos con los encomios de nuestra valentía. El rey de Prusia, en efecto, refugiado en los confines de su reino, preparaba una ordenanza para introducir la igualdad en las filas de su ejército y acabar en él con todas las distinciones de clases y nacimientos: singular ejemplo de la propagación de las ideas liberales llevadas á los confines de Europa por un conquistador á quien con frecuencia se representa como el gigante empeñado en sofocar esas mismas ideas. Cierto es que había reprimido algunas, pero las que eran más altamente sociales hacían en pos de él tanto camino como su gloria.

Propenso siempre á imprimir en todas las cosas la brillantez de su imaginación, Napoleón, que había proyectado al día siguiente de la batalla de Austerlitz la columna de la plaza Vendome, el arco de triunfo de la Estrella y la gran calle Imperial, decretó en medio de la Prusia conquistada la erección de un monumento como el templo de la Magdalena, que ha venido á ser después uno de los más grandiosos de la capital.

En el solar que ocupa hoy este templo y que forma con la plaza de la Concordia un conjunto tan magnífico, debía construirse la nueva bolsa; pero juzgó Napoleón que el sitio era demasiado bueno para erigir el templo de la riqueza, y resolvió erigir en su lugar el templo de la gloria. Decidió que se buscara otro solar para la nueva bolsa y que en uno de los cuatro extremos que se divi-

(1) Reproducimos fielmente el sentido de una multitud de cartas cuyos originales se han conservado en los innumerables papeles de Napoleón que existen en el Louvre. (N. del A.)

san desde el centro de la plaza de la Concordia se alzase un monumento consagrado á la gloria de nuestras armas, en cuyo frontispicio se leyese la siguiente inscripción: EL EMPERADOR NAPOLEÓN Á LOS SOLDADOS DEL GRANDE EJÉRCITO. Debían inscribirse en losas de mármol los nombres de los oficiales y soldados que se habían hallado en las inmortales jornadas de Ulm, Austerlitz y Jena, y en planchas de oro los nombres de los que habían sucumbido en ellas. Los oficiales superiores y generales debían estar representados agrupados unos con otros en inmensos bajo relieves. A los mariscales que habían mandado cuerpos de ejército se les consagraban estatuas. Las banderas quitadas al enemigo se suspenderían en las bóvedas del edificio; decidió por último Napoleón que todos los años se celebrase el día 2 de diciembre una festividad de carácter antiguo como el monumento en loor de las virtudes bélicas. Mandó que para la erección de este templo se abriese un concurso, reservándose elegir entre los proyectos presentados el que le pareciese más conveniente; pero determinó previamente el estilo arquitectónico que le quería dar. Decía que deseaba se construyese un templo de forma griega ó romana. «Tenemos iglesias, escribía al ministro de lo Interior, pero no tenemos un templo por el estilo del Partenón; uno así necesitamos en París.» Gustaba á la sazón la Francia de las artes de Grecia, como antes se había aficionado á las artes de la Edad Media, y una imitación del Partenón era un presente nuevo y digno de la capital. Hoy día este templo griego, convertido en iglesia cristiana (de lo cual ciertamente no debe pesarnos), contrasta con su nuevo destino y con las artes de la época presente. Así pasan nuestros gustos, nuestras pasiones y nuestras ideas, tan rápidamente como los caprichos de esa fortuna que consagró aquel edificio á usos tan diversos de aquellos á que en un principio se había consagrado. Sin embargo, ocupa majestuosamente el sitio que le fué entonces asignado, y el pueblo no ha dejado de tener presente que aquel templo debía ser el de la gloria (2).

(2) Citaremos sobre esto algunas cartas de Napoleón que nos parecen dignas de ser producidas.

Al ministro del Interior.

Posen, 6 de diciembre de 1806.

La literatura necesita estímulo; usted que es su ministro propóngame medios para comunicar algún impulso á los diversos ramos de las bellas letras que en todo tiempo han ilustrado á la nación.

Habrás usted recibido el decreto que he dictado sobre el monumento de la Magdalena y el otro relativo á la construcción de la nueva bolsa, la cual indudablemente es necesaria en París. Mi intención es hacer construir una bolsa que corresponda con la grandeza de la capital y con el gran número de negocios que en ella deben tratarse. Propóngame usted un local conveniente; que sea vasto para establecer galerías donde exhibirse al público. Quisiera que fuese un terreno aislado.

Al asignar tres millones de fondos para la construcción del monumento de la Magdalena, sólo me he referido al edificio desnudo, y no á su ornamentación, en la cual pienso con el tiempo invertir una suma mucho mayor. Deseo que se compren, antes de todo, los almacenes de maderas circunvecinas para que se haga una gran plaza circular, en cuyo centro campeará el monumento, y en cuyo contorno haré construir casas con arreglo á un plan uniforme.

No veo inconveniente en que se dé al puente de la Escuela Militar el nombre de *punto de Jena*. Propóngame usted un decreto

Los adúladores de entonces, conociendo el flaco de Napoleón y aun suponiéndolo mayor de lo que era, se propusieron que cambiase el nombre revolucionario de PLAZA DE LA CONCORDIA por otro más monárquico que revelase la fundación de la monarquía imperial; pero contestó á Mr. de Champagny en una carta muy lacónica: «Es preciso dejar á la plaza de la Concordia el nombre que lleva: ¡LA CONCORDIA! Ella solamente hace

dando á las diversas calles nuevas los nombres de los generales y coroneles que han perecido en dicha batalla.

Con lo cual, etc. — NAPOLEÓN.

Al ministro del Interior.

Finkenstein, 30 de mayo de 1807.

Después de haber examinado atentamente los diversos proyectos del monumento dedicado al grande ejército, no he vacilado un solo instante. El de Mr. Vignón es el único que llena mis intenciones. Un templo era en efecto lo que yo quería y no una iglesia. ¿Qué podía hacerse como iglesia que sostuviera el parangón con Santa Genoveva y aun con Nuestra Señora y sobre todo con San Pedro de Roma? El proyecto de Mr. Vignón reúne otras muchas ventajas, la de armonizarse mucho mejor con el palacio del cuerpo legislativo y la de no obscurecer al de las Tullerías.

No quiero nada de madera. Los espectadores deben colocarse, como ya he dicho, en graderías de mármol formando los anfiteatros destinados al público... En ese templo nada debe ser portátil y movedizo; todo, por el contrario, debe estar fijo en su lugar. Si fuera posible colocar á la entrada del templo el Nilo y el Tíber que se trajeron de Roma, harían muy buen efecto. Es preciso que Mr. Vignón procure darles cabida en su proyecto definitivo, así como á varias estatuas euestras que deberán situarse al exterior, puesto que en la actualidad no harían dentro muy buen efecto. Hay que designar también el paraje en que se deba colocar la armadura de Francisco I sacada de Viena y la cuadriga de Berlín.

No hay que emplear madera en la construcción de ese templo...; los únicos materiales que deben emplearse son el granito y el hierro. Se me dirá que las columnas actuales no son de granito; pero esta objeción no tiene fuerza, porque con el tiempo pueden renovarse las columnas sin perjudicar el monumento. Sin embargo, si se probase que por emplear granito se habían de originar grandes gastos y dilaciones, habría que renunciar á él, porque la condición principal del proyecto es que pueda ejecutarse en tres ó cuatro años, ó en cinco á lo sumo. Este monumento es en cierto modo político, es por lo tanto de aquellos que deben hacerse pronto. Conviene, sin embargo, ocuparse en buscar granito para otros monumentos que me propongo encargar, y que por su naturaleza pueden tardar en construirse treinta, cuarenta ó cincuenta años.

Supongo que todas las esculturas interiores serán de mármol, y que no se me propondrán esculturas propias de las salas y comedores de las mujeres de los banqueros de París. Todo lo fútil es incompatible con la sencillez y la nobleza; lo que no sea de larga duración no debe emplearse en ese monumento. Repito que no hay que poner en él objeto ninguno, mueble, ni siquiera cortinas.

El proyecto que ha salido premiado no es de mi gusto, porque no corresponde á mi objeto, y es el primero que he desechado. Verdad es que di por base que se conservase la parte hoy existente de la construcción de la Magdalena; pero debía sobrentenderse que la seguiría solamente en lo posible, de lo contrario no había necesidad de programa y bastaba continuar el proyecto primitivo. Mi intención no ha sido erigir una iglesia, sino un templo, y no quería por lo tanto ni arrasarlo todo, ni conservar tampoco más de lo preciso. Si estas dos proposiciones eran incompatibles, si no era posible levantar un templo y conservar las construcciones actuales de la Magdalena, lo más sencillo era ceñirse á la definición del templo: yo he entendido siempre por templo un monumento como los que había en Atenas, y de los que no hay ninguno en París. Tenemos en París muchas iglesias, y las hay en todos los lugares. Seguramente no me hubiera disgustado que los arquitectos hubieran descubierto una contradicción entre fabricar un templo y conservar las construcciones empezadas para una iglesia. La idea primera era la principal; la segunda era puramente accesoria; por lo tanto Mr. Vignón es el que mejor ha comprendido mi pensamiento... — NAPOLEÓN.

(N. del A.)

á la Francia invencible.» (Enero de 1807.) Pero había un magnífico puente de piedra, recientemente decretado y construído sobre el Sena, frente por frente á la escuela militar, que aún no tenía nombre, y quiso Napoleón perpetuar en él el glorioso recuerdo de Jena, que desde entonces ha conservado, y que hubiera podido más adelante serle fatal si un acto honroso de Luis XVIII no le hubiera salvado en 1814 de la ira brutal de los prusianos.

Esta solicitud por los monumentos del arte, mientras recorría las capitales conquistadas, era en Napoleón un pensamiento meramente secundario entre los vastos proyectos que ocupaban su imaginación. Ya el glorioso suceso de Austerlitz le había inspirado una persuasión exagerada de su poderío dando nuevo pábulo á su gigantesca ambición; pero el de Jena puso el colmo á su confianza y á sus deseos. Después de aquella destrucción tan completa y tan rápida de la potencia militar más respetada en Europa, todo lo creyó posible, todo lo ambicionó. Sus enemigos le habían repetido sin cesar para rebajar sus glorias anteriores que el ejército prusiano era el único que había que temer, el único difícil de vencer; quiso desmentirlos, y después de vencerle, y más aún que vencerle, después de aniquilarle en un mes, ya no reconoció límites á su poderío ni imposible para su voluntad. Parecióle la Europa un terreno sin dueño, donde podía edificar todo lo que quisiera, todo lo que creyese grande, sabio, útil ó deslumbrador. Y ¿qué podía oponerle resistencia? El Austria desarmada con una sola batalla, la de Ulm, estaba amilanada, consumida, é incapaz de volver á tomar las armas; los rusos, aunque tenidos por valientes, habían sido arrollados á la bayoneta desde Munich hasta Olmutz, y si un momento habían intentado de recobrar en Hollabrunn y en Austerlitz, sólo fué para sufrir una completa derrota; finalmente, la monarquía prusiana acababa de perecer en treinta días. ¿Qué obstáculo, pues, repetimos, podía estorbar sus proyectos? Los restos de los ejércitos rusos, reunidos en el Norte con veinticinco mil prusianos, no ofrecían un peligro que debiera temerse mucho; así escribía al archicanciller Cambaceres: «Esto no es más que un juego de niños á que es preciso poner término, y ahora voy á conducirme de tal modo con mis enemigos, que espero acabar con todos ellos.» Dedicóse, pues, á llevar la guerra tan lejos que ninguna potencia dejara de implorar la paz, y que conseguida ésta fuese tan gloriosa como duradera. Ciertamente es que no eran las cortes del continente las que más se resistirían á pedirla, sino la Inglaterra, única potencia que, defendida por el Océano, se había librado del yugo que amagaba á la Europa entera. Ya se había jactado Napoleón de conquistar el poder del mar con el poder de tierra, y de cerrar el continente á los ingleses si persistían éstos en quererle cerrar el acceso del Océano.

Al llegar al Elba y al Óder se confirmó más que nunca en este pensamiento, lo sistematizó en su mente, y escribió á Holanda á su hermano Luis: *Voy á reconquistar las colonias por tierra.* En la fermentación de ideas que le produjo el éxito extraordinario de la guerra de Prusia, concibió los pensamientos más gigantes que tuvo en su vida. Propúsose desde luego conservar en depósito todo lo que había conquistado, y lo que se proponía seguir conquistando, hasta tanto que

Inglaterra restituyese á Francia, á Holanda y á España, las colonias que les había arrebatado.

Persuadido de que las potencias continentales venían á ser meros auxiliares pagados por la Inglaterra, resolvió hacerlas á todas responsables de la política británica, y establecer como principio esencial para cualquiera negociación que no les restituiría nada de lo que les había quitado mientras no restituyese la Inglaterra todas sus conquistas marítimas, ó parte de ellas. Hallábase en Carlottemburgo los dos negociadores prusianos, Luchesini y Zastrow, pidiendo un armisticio y que se celebrase la paz, y les contestó por conducto de Duroc: que había continuado en buena amistad con la corte de Berlín, que por lo tocante á la paz no había que pensar en ella mientras no se redujese á la Inglaterra á otras miras más moderadas, y que la Prusia y la Alemania quedarían en su poder como en prenda de lo que la Inglaterra había quitado á las potencias marítimas; pero que por lo tocante á un armisticio estaba dispuesto á concederlo, con la condición de que se le entregase inmediatamente la línea donde se proponía invernar y en la que pretendía establecer el punto de partida de sus operaciones en lo venidero, que era la línea del Vístula. Pedia por lo tanto que se pusieran inmediatamente á su disposición las plazas de la Silesia, como Breslau, Glogau, Schweidnitz y Glatz, y todas las del Vístula como Dantzig, Graudenza, Thorn y Varsovia, diciendo que si no se le entregaban iba á conquistarlas en pocos días.

Lo primero que había que hacer para VENCER AL MAR CON LA TIERRA, privando á la gran Bretaña de todos sus aliados y quitándole todos los accesos del continente, era interceptarle sin tardanza las vías de las dilatadas costas que ocupaban los ejércitos franceses. Ya le había interceptado Napoleón, por sí mismo y por medio de la Prusia, los desembocaderos del Ems, del Wésér y del Elba. Era esta una aplicación natural y legítima del derecho de conquista, porque la conquista confiere todos los derechos de la soberanía y con especialidad el de cerrar los puertos é interceptar las vías del país conquistado, sin que semejante rigor pueda tenerse por una violación del derecho de gentes con respecto á ninguno. Pero prohibir la entrada del Ems, del Elba y del Wésér, era una medida muy insuficiente para lograr el objeto que se proponía Napoleón, porque á pesar de estar las costas escrupulosamente vigiladas, las mercancías inglesas entraban de contrabando, no sólo en el Hannover, sino en la misma Holanda, cuyo gobierno estaba bajo nuestra inmediata influencia, y en Bélgica, que era ya una provincia francesa. Por otra parte, aunque estuvieran cerrados el Ems, el Wésér y el Elba, las mercancías inglesas podían entrar por el Óder y por el Vístula y bajar después desde el Norte al Mediodía. Mucho, en verdad, se iban encareciendo, pero la necesidad de despacharlas hacía á los ingleses venderlas á un precio que compensaba los gastos del contrabando y del transporte. Había, pues, que emplear medidas más severas contra las mercancías inglesas, y no carecía Napoleón de ánimo para hacerlo.

La misma Inglaterra acababa de autorizar todo género de excesos contra su comercio, tomando contra el derecho de gentes más generalmente admitido una medida extraordinaria, de las más atentatorias que pueden

concebirse, cual fué la que lleva el nombre de *bloqueo por escrito*. Como ya muchas veces hemos manifestado, es principio establecido en la mayor parte de las naciones marítimas, que todo buque neutral, es decir, que todo pabellón extraño á la guerra que se hacen dos potencias, pueda navegar de los puertos de la una á los puertos de la otra, y transportar cualesquiera mercaderías aunque sean las del enemigo, exceptuando sólo el contrabando de guerra, que consiste en armas, municiones y víveres confeccionados para el consumo de los ejércitos. Esta libertad sólo cesa cuando se trata de una plaza marítima, bloqueada por una fuerza naval de tal manera que sea eficaz el bloqueo. En este caso, notificado el bloqueo, los neutrales pierden temporalmente el derecho de penetrar en la plaza bloqueada; pero si al restringir de este modo la libertad de navegar no se respeta este límite seguro de la presencia de una fuerza efectiva, la misma razón habrá para poner en incomunicación todas las costas del globo bajo pretexto de bloqueo. Ya la Inglaterra había intentado traspasar los límites del bloqueo efectivo, pretendiendo con unas cuantas velas, insuficientes para interceptar los accesos de una plaza marítima, tener el derecho de declarar el bloqueo; pero por fin había reconocido la necesidad de que se hallara una fuerza cualquiera á vista del puerto bloqueado. Mas ahora ya no se detenía en este límite, de suyo tan vago, y al ocurrir su rompimiento momentáneo con la Prusia de resultados de la invasión del Hannover, se atrevió á prohibir todo comercio á los neutrales en las costas de Francia y de Alemania, desde Brest hasta el desembocadero del Elba. Introduciendo este escandaloso abuso de fuerza, bastó en lo sucesivo un simple decreto británico para dejar incomunicada cualquiera parte del globo de donde pluguiese á la Inglaterra alejar todo comercio.

Esta increíble infracción del derecho común suministraba á Napoleón un pretexto legítimo para adoptar contra el comercio inglés las medidas más rigurosas. Pensó publicar un decreto formidable que, por excesivo que pareciese, sólo era una justa represalia de las violencias de la Inglaterra, y que además tenía la ventaja de corresponder perfectamente á las miras que acababa de concebir. Este decreto, fechado en Berlín á 11 de noviembre, y aplicable no sólo á la Francia sino también á los países ocupados por sus ejércitos ó aliados suyos, es decir, á la Francia, á la Holanda, á la España y á la Alemania entera, declaraba á las Islas Británicas *en estado de bloqueo*. Las consecuencias del estado de bloqueo eran estas:

Todo comercio con la Inglaterra se declaraba absolutamente prohibido;

Toda mercadería procedente de manufacturas ó de colonias inglesas debía ser confiscada, no sólo en la costa, sino también en lo interior, en las casas de los comerciantes en cuyo poder se hallasen;

Toda carta procedente de Inglaterra, ó dirigida á aquel país á un inglés, ó escrita en inglés, debía ser detenida en las oficinas de correos é inutilizada;

Todo inglés detenido en Francia, ó en los países sometidos á sus armas, era declarado prisionero de guerra;

Todo buque que hubiese tocado en las colonias inglesas, ó en cualquiera de los puertos de los tres reinos,

tendría que abstenerse de aportar en los puertos franceses ó sometidos á la Francia, y si prestaban con este motivo una declaración falsa quedaba declarado como legítima presa;

La mitad del producto de las confiscaciones se destinaba á indemnizar á los comerciantes franceses ó aliados que hubiesen sufrido algún despojo por parte de la Inglaterra;

Finalmente, los ingleses que hubiesen caído en nuestro poder debían destinarse á ser canjeados por franceses ó por aliados prisioneros.

Tales eran estas medidas, indisculpables ciertamente á no haberse encargado la Inglaterra de justificarlas de antemano con sus propios excesos. No desconocía Napoleón su rigor, pero para reducir á la Inglaterra á desistir de su tiranía sobre los mares, desplegaba una tiranía igual en el continente; quería especialmente intimidar á los agentes del comercio inglés, y más aún á los comerciantes de las ciudades anseáticas, que burlándose de las órdenes dadas sobre el Elba y el Wéser, hacían circular por todo el continente las mercaderías prohibidas.

La amenaza de la confiscación, que debía cumplirse irremisiblemente, los intimidaría de seguro y les haría, si no cerrar, al menos estrechar mucho las vías clandestinamente abiertas al comercio británico.

Juzgando Napoleón que todas las naciones comerciales estaban interesadas en la resistencia que oponía á las inicuas pretensiones de Inglaterra, sacaba por consecuencia que debían resignarse á los inconvenientes de una lucha ya necesaria; creía que pesando particularmente estos inconvenientes sobre los especuladores de Hamburgo, Bremen, Lipsia y Amsterdam, que eran contrabandistas de profesión, no valía la pena de limitar sus medios de represalias por consideración á intereses de aquella especie.

El efecto que produjo este decreto en la opinión pública europea fué inmenso; unos vieron en él un exceso de despotismo repugnante, otros un acto de política profunda, y todos en general una cosa extraordinaria proporcionada á la lucha de gigantes que sostenían una contra otra la Inglaterra y la Francia; aquélla apoderándose osadamente de la mar que había sido hasta entonces la vía común de las naciones, para interceptar á sus enemigos toda clase de comercio; ésta emprendiendo la ocupación total del continente á mano armada para corresponder á la prohibición de la tierra, espectáculo inaudito, sin ejemplo en lo pasado y probablemente ni en lo venidero, que ofrecían á la sazón las pasiones desencadenadas de los dos pueblos más grandes de la tierra.

Apenas se firmó este decreto, concebido y redactado por el mismo Napoleón, sin participación alguna de Mr. de Talleyrand, fué enviado por correos extraordinarios á los gobiernos de Holanda, España é Italia, con orden para unos é intimación para otros de ponerlo inmediatamente en ejecución. Se dió encargo al mariscal Mortier, que había ya invadido la Hesse, para que sin demora se encaminase sobre las ciudades anseáticas, Bremen, Hamburgo y Lubeck, y se apoderase, no sólo de estas ciudades, sino también de los puertos del Mecklemburgo y de la Pomerania sueca hasta la embocadura del Oder. Mandábasele ocupase los ricos depósi-

tos de las ciudades anseáticas, confiscando en ellas mercaderías de origen británico y deteniendo á los comerciantes ingleses, todo con puntualidad, exactitud y probidad. Encargó Napoleón al mariscal Mortier esta comisión porque esperaba de él más que de otro alguno un cumplimiento tan riguroso como desinteresado. Le mandó llevar á Alemania cierto número de marinos de la escuadrilla de Boloña para que cruzasen por las embocaduras del Elba y del Wéser, armasen con cañones todos los canalizos y echasen á pique todo buque sospechoso que intentase forzar el bloqueo.

Tal fué el *bloqueo continental* con que respondió Napoleón al *bloqueo por escrito* imaginado por la Inglaterra.

Pero para someter el continente á su política, tenía que llevar la guerra Napoleón más lejos de lo que hasta entonces lo había hecho. Seis meses hacía que el Austria estaba en sus manos poderosas; así que él quisiera volvería á estarlo de nuevo. La Prusia era actualmente suya; pero la Rusia, siempre repelida cuando se había presentado en las regiones del Occidente, se libraba, no obstante, retirándose al otro lado del Vístula y del Niemen. Era el único aliado que le quedaba á la Inglaterra, y había que vencerla tan completamente como se había vencido al Austria y á la Prusia para realizar en toda su extensión la política de *DOMINAR LOS MARES POR LA TIERRA*. Resolvió, pues, Napoleón subir hacia el Norte, y salir al encuentro á los rusos en medio de los campos de la Polonia, prontos á insurreccionarse á su presencia. Jamás guerra alguna procedente del Rhin había llegado hasta el Vístula, ni mucho menos hasta el Niemen; pero el que había hecho tremolar la bandera tricolor en las orillas del Adige, del Nilo, del Jordán, del Po, del Danubio y del Elba, bien podía y debía ejecutar tan atrevida marcha. Sin embargo, su presencia en las regiones del Norte suscitaba una inmensa cuestión europea, á saber, la restauración de la Polonia. Siempre habían dicho los polacos: «La Francia es nuestra amiga, pero está muy distante!» ¿Cómo era posible, pues, que cuando la Francia se acercaba hasta el Óder no fuese la idea de una gran reparación para la una un motivo de esperanza fundada, y para la otra un proyecto formal y maduro?

Los desgraciados polacos, tan ligeros en su conducta como constantes en sus instintos, alzaban gritos de entusiasmo al saber nuestras victorias, y enviaron á Berlín una multitud de emisarios para suplicar á Napoleón que adelantase hacia el Vístula, prometiéndole sus bienes, sus brazos y sus vidas para ayudarle á reconstituir la Polonia. Este proyecto, tan fascinador, tan generoso y tan político, si hubiera sido más hacedero, era una de esas empresas que debía deslumbrar en aquel momento la imaginación exaltada de Napoleón, y uno de esos espectáculos imponentes que cumplía á su grandeza ofrecer al mundo. Al trasladarse á Polonia podía agravar en verdad las dificultades de la campaña actual, y principalmente la mayor de todas, que era la de las distancias y el clima; pero despojaba á la Prusia y á la Rusia de los recursos de las provincias polacas, recursos considerables en hombres y en víveres; minaba la base del poderío ruso; veía si era posible prestar á la Europa el servicio más grande que pudiera jamás hacerse, y aumentaba las garantías que tenía ya en su mano y que

debían servirle para obtener de la Inglaterra restituciones continentales. Los dilatados países situados en el tránsito del Rhin al Vístula, que para un general adocenado serían desastrosos, iban á ser para el más grande de los capitanes mina abundante de todo lo necesario para la guerra; merced á su sabia administración iba á sacar de ellos víveres, municiones, armas, caballos, y

había llegado emperador ni general ninguno, no vaciló un momento sobre el partido que debía tomar, y dió sus disposiciones para adelantarse hacia la Polonia. Ya al pasar el Rhin había meditado una marcha resuelta hacia el Norte, aunque vagamente; pero el proyecto formal de realizarla lo formó en Berlín, después de los rápidos y deslumbradores triunfos que alcanzó sobre la Prusia.



El sultán Selim

hasta dinero. Por lo tocante al clima, tan temible en aquellas regiones en los meses de noviembre y diciembre, no dejó ciertamente de pensar en los obstáculos que le opondría, pero había resuelto no llevar la campaña actual más allá del Vístula. Si con el armisticio propuesto se le dejaba en posesión de este río, se establecería en él; si por el contrario se le disputaba, se proponía conquistarlo en unas cuantas jornadas, acampar allí sus tropas durante el invierno, mantenerlas con los granos de la Polonia, darles abrigo con la leña de sus bosques, reforzarlas con nuevos soldados procedentes del Rhin, á la primavera siguiente dejar el Vístula para internarse en el Norte hasta donde no hubiera llegado hombre alguno.

Estimulado por sus victorias, y llevado por su genio y por la fortuna á una grandeza de ideas á que nunca

No obstante amenazaban á Napoleón, además de los peligros inherentes á aquella misma empresa, otro particular, que no trataba él de negar, cual era el de la impresión que pudiera aquello producir en el Austria, la cual, aunque vencida hasta la consunción, podía, no obstante, recobrar ánimo para aprovechar la ocasión de caer sobre nuestras espaldas.

La actual conducta de su gabinete debía inspirar algún recelo. Cuando Napoleón le ofreció su alianza de resultas de sus entrevistas con el duque de Wurtzburgo, sólo respondió con demostraciones de afectada benevolencia, fingiendo al principio no comprender las insinuaciones de nuestro embajador, y después, cuando mediaron explicaciones más claras, contestó alegando que una amistad demasiado íntima con la Francia acarrearía por su parte un rompimiento con la Rusia y la